

La CaPilla siXtina

CANOVAS Y SAGASTA

Son muchos los que ven en el actual presidente del Gobierno el Cánovas del último cuarto de nuestro siglo XX. Si ustedes se fijan, hay un cierto paralelismo final entre los dos siglos, salvando la indudable ficción de considerar la revolución de 1868 como antecedente paralelo de la proclamación de la República de 1931 y la futura entronización de don Juan Carlos de Borbón y Borbón como el retorno de Alfonso XII de la mano de Martínez Campos, en 1875. Como entramos en 1975, los historiadores paralelistas ya tienen la pluma desenfundada y en ristre, dispuesta a completar líneas paralelas. Ya vimos en los meses recién pasados cómo don Gonzalo Fernández de la Mora, con la veleidat modernizadora que le caracteriza, buscaba erróneamente paralelismos con la caída de Primo de Rivera y la debilidad berenguerista que le siguió. Hoy ya son muy pocos los que pactarían con la velocidad modernizadora de don Gonzalo. Se ha impuesto una cierta lentitud incluso en los más impasibles ademanes, y casi todos coinciden en ver un Cánovas donde antes se vio un Berenguer. No hay que correr. Si el país tiene las carnes seguras y calientes bajo un camión del año 1875, ¿por qué ponerle un camión de viscosilla del año 1930? Los hay temerarios.

Si el papel de Cánovas parece atribuido, ¿no ocurre lo mismo con el de Sagasta? A partir de la entrada en vigor de la Ley de Asociaciones, conseguir el puesto de Sagasta va a costar unas reñidísimas oposiciones ante el alto tribunal homologador del Consejo Nacional: ¿Fraga?, ¿Arellano?, ¿Silva? No sabemos si el Consejo permitirá jugar a Ruiz Zorrilla y Pablo Iglesias, pero lo indudable es que si Cánovas, Sagasta, Ruiz Zorrilla y Pablo Iglesias no existieran, habría que inventarlos. Y de eso se trata. No se me olvida que en los discursos precursores de la "Batalla de las Asociaciones" los oradores pedían "imaginación" a redactores y censores de la Ley.

Creo que es la primera vez en la historia de los siglos que una disposición legal de este tipo se hace con más imaginación que otra cosa. Y doy a la palabra "imaginación" un sentido muy constructor: no una imaginación a lo Lewis Carroll de "sprinter" y aliento corto, sino una imaginación a lo José María de Pereda, de andarín montañero con amplio almacén pulmonar.

Si de imaginar se trata, no creo que después de la prueba de imaginación que se ha dado vaya a faltar ahora el toque final, la guinda, como quien dice, de encontrar los protagonistas históricos que se precisen. Inútil que la Historia sea una ciencia tan puñetera que no permita la mezcla de los tiempos. Porque aquí, con imaginación, se podrá orquestar el cuarteto Cánovas, Sagasta, Ruiz Zorrilla y Pablo Iglesias con las estrellas invitadas Indibil y Mandonio, Viriato, el cardenal Cisneros, Saavedra y Fajardo, Donoso Cortés, el cura Ferrín, don Cándido Nocedal, etcétera. De esta lista de ministrables puede salir un gabinete reinstaurador que será la envidia de una Europa enferma, sumergida en el océano de la crisis y de la moda "retro", pero sin materia prima para hacer un buen chorizo. ¿Cómo se puede hacer un buen chorizo cantimpalo con salsa bechamel y tripas a la mode de Caen?

Confieso que no afronto este tema desnudo de ambiciones personales. Si sobra imaginación, yo también quiero ser un personaje histórico. Me gustaría mucho ser doña Juana la Loca, pero en más hombre. O tampoco estaría mal que se me concediera el papel de Arcipreste de Hita, sin que se me fuerce a elegir asociación espiritual entre la Hermandad Sacerdotal o la Conferencia Episcopal. Yo quiero ser el Arcipreste de Hita de los capones y la olla podrida.

En fin. Proyectos no nos faltan. Imaginación nos sobra. Nos vamos a poner o nos van a poner moraos. ■

SIXTO CAMARA

TELEVISION

«Noticias en la dos»

Los espectadores de la Segunda Cadena —UHF— de la televisión española se vieron hace no mucho tiempo sorprendidos por una nueva forma de presentar la información. «Noticias en la dos», a las nueve y media de la noche, resultaba un programa lleno de torpeza y brío al mismo tiempo. Como si un grupo de jóvenes hubiesen tomado de pronto el poder televisivo y estuvieran improvisando. Un noticiario de arte y ensayo.

El brío va desapareciendo. Queda una cierta torpeza, que el tiempo —si los ensayistas continúan: y hay algunos rumores de que están más o menos condenados— se encargará de disipar. Está la torpeza en un cierto énfasis en el decorado, en el que los lectores de las noticias aparecen en diversos planos, en varios niveles, y en el que están entronizadas tres máquinas clave de la información: una pantalla de televisor —una pantalla domesticada, en la que aparecen las imágenes que el locutor invoca, aunque no siempre—; un teletipo, al que enfoca, ufana, la cámara cada vez que funciona, y un magnetófono de voz gangosa, que nos da briznas de información recogidas de emisoras de radio extranjeras. En sus altarcitos, las tres máquinas representan la voz, la escritura, la palabra: una trinidad santísima de la información. Los muchachos se equivocan a veces en la lectura de los textos, o intervienen antes de que les corresponda. Se vio días atrás a uno que debía abrir la emisión mirando hacia un lateral y diciendo: «¡Gracias, chata!» a quien se supone que estaba advirtiéndole que iba a «entrar en el aire», y que sin duda debía tener una considerable escasez de nariz. Con todo ello, la emisión tiene una admirable frescura de aficionados, que contrasta favorablemente con la seriedad de las cabezas parlantes de los profesionales de la Primera Cadena, con su voz impostada y con sus noticias manipuladas. Los «amateurs» les ganan, les superan.

Esta agradable torpeza se acomodaba muy bien con el brío y la aventura informativa de los jóvenes ocupantes del poder de la información. Se ha podido ver en la pantalla alguna escena inolvidable. Por ejemplo, la conversación informal y casi familiar del Príncipe con Girón y con algunos de los delegados de la Hermandad de Ex Combatientes que le visitaban. Se han presenciado las escenas de los madrileños que, con una flor de papel en el ojal, reclamaban un parque para su barrio, y el intercambio de palabras entre el cura de los parquistas y el oficial de la Policía Armada, que advertía que iba a cumplir con su necesidad de disolver a los manifestantes si éstos no lo hacían voluntariamente. Se han escuchado opiniones de huelguistas, claramente expresadas. Y voces de estudiantes participando en contra de la participación estudiantil.

En pocas palabras: se ha visto, entre otros balbuceos e ingenuidades, algo muy importante: como puede ser la televisión cuando se dé libertad a la información. O, simplemente, un poco de mano suelta. Estos muchachos han metido la cámara en lugares donde nunca había llegado. Y el micrófono. Estos «amateurs» han dado una gran lección a los profesionales, y su torpeza se ha hecho querida: se ha traducido como espontaneidad y buen deseo de cumplir de verdad con la información.

Pero parece que en los más recientes programas de «Noticias en la dos» falta el brío, falta la aventura informativa. Nuestras clases dirigentes no están maduras para la libertad de información —ni siquiera para una libertad tan suave que era solamente una muestra de lo que puede ser de verdad— y, esto no es más que una sospecha, han debido recortar las ya incipientes alas de quienes comenzaban a volar en la Segunda Cadena. Esperemos que vuelvan a dejarles volar. Pidámoslo, por si alguien escucha nuestra voz, en nombre de otras muchas. Y desesperemos de que pueda ser así. Cada paso adelante, ahora, cuesta dos pasos hacia atrás... ■ POZUELO.